

de timón. Los demás guerreros van sentados sobre sus talones en el fondo de las canoas. A través de la niebla sólo se divisan las plumas que adornan las cabezas de los indios, el cuello tendido de los perros que aúllan y los hombros de los dos *sachems*, piloto y augur, a quienes se podría considerar dioses de aquellos lagos.

Los ríos del Canadá carecen de historia en el antiguo mundo: lo contrario del Ganges, del Eufrates, del Nilo, del Danubio y del Rin. ¡Cuántos cambios no presenciaron las orillas de éstos! ¡Cuánto sudor y sangre han hecho derramar los conquistadores para atravesar esas corrientes que un pastor salva de un brinco en su nacimiento!

Después que dejamos los lagos del Canadá, fuimos a Pittsburg, en donde confluyen el Kentucky y el Ohio: allí despliega el paisaje una pompa extraordinaria. Aquel país tan magnífico se llama no obstante Kentucky, tomando su nombre del río, que significa *rio de sangre*, y que es llamado así a causa de su belleza. Durante más de dos siglos las naciones del partido de los *cherokis* y del partido de las naciones *iroquesas* estuvieron disputándose sus cazas.

¿Las generaciones europeas serán en aquellas orillas más vistosas y libres que lo fueron las generaciones americanas exterminadas? ¿Los esclavos no labran la tierra, amenazados con el látigo de sus amos, en aquellos desiertos de la primitiva independencia del hombre? ¿No reemplazarán las cárceles y horcas a la cabana abierta y al alto tulipar, en donde el pájaro hace su nido? ¿Dejará el Kentucky de ser la *tierra de sangre*? ¿Embellecerían mejor las orillas del Ohio los monumentos de las artes que los monumentos de la naturaleza?

Luego de atravesar el Wabach, la gran Cypriera, el río de las Alas o Cumberland, el *Cheroki* o Tennessee, y los Bancos Amarillos, se llega a una lengua de tierra que las aguas cubren con bastante frecuencia, y allí es donde confluyen el Ohio y el Mississippi, a los treinta y seis grados cincuenta y un minutos de latitud. Los dos ríos, oponiéndose una resistencia igual, cejan en su curso, y duermen uno al lado de otro, sin confundirse, durante algunas millas en un mismo canal, como dos grandes pueblos divididos por su origen y reunidos luego para formar una sola raza; como dos ilustres ri-

vales que descansan en un mismo lecho después de una batalla.

Yo también, a la manera de las poderosas corrientes de los ríos, he dirigido el pequeño curso de mi vida, ya a un lado de la montaña, ya al otro; caprichoso en mis errores, pero nunca maléfico, prefiriendo los valles pobres a las ricas llanuras, y deteniéndome en las flores más bien que en los palacios. Por otra parte, me hallaba tan embebido en mis excursiones, que apenas me recordaba ya del polo. Una caravana de traficantes, que venía de los *Creeks*, en las Floridas, me permitió reunirme a ella.

Nos dirigimos hacia los países conocidos entonces con el nombre general de las Floridas, y en donde están situados hoy los Estados de la Alabama, la Georgia, la Carolina del Sur y el Tennessee. Caminábamos, sobre poco más o menos, por los senderos que en el día unen el gran camino de los *Natchez* a Nashville por Jackson y Florencia, y entran luego en Virginia por Knoxville y Salem, país poco frecuentado en aquel tiempo, y cuyos lagos y sitios había explorado, sin embargo, Bartram.

Ibamos empujados por un viento fresco. El Ohio, engruesado con otros cien ríos, tan pronto se perdía en los lagos que se abrían delante de nosotros, como en los bosques. Hicimos rumbo hacia una de las islas mayores que se elevaban en el centro de los lagos, llegando a ella a las ocho de la mañana.

Crucé una pradera sembrada de jacobas de amarillas flores, de alceas de rosados penachos, y de obelarias de purpúreos matices, y una ruina india se presentó a mi vista. El contraste de aquella ruina y de la juventud de la naturaleza, aquel monumento de los hombres en un desierto, impresionaba sobremanera. ¿Qué pueblo habitó en aquella isla? ¿Cuál fué su nombre, su raza, el tiempo de su paso? ¿Vivía cuando la región, en cuyo seno estaba oculta, permanecía ignorada de las otras tres partes de la tierra? Tal vez el silencio de aquel pueblo es contemporáneo del ruido de algunas grandes naciones, que a su vez han desaparecido en el silencio (1).

En las quebradas arenosas y en las ruinas de los túmulos brotaban adormideras de rosadas flores, pendientes del

(1) Las ruinas de Mitla y de Palenque, en Méjico, prueban que el Nuevo Mundo puede disputar su antigüedad al mundo antiguo.

(Paris, nota de 1834.)

extremo de un pedúnculo inclinado, de un verde pálido, cuyos tallos y flores tienen un aroma que se queda pegado a los dedos cuando se toca la planta. El aroma que sobrevive a aquella flor, es una imagen del recuerdo de una vida pasada en la soledad.

Observé a la ninfea, preparándose a ocultar su lirio blanco en la onda al terminarse el día: el *árbol triste* no esperaba más que la noche para abrir el suyo: la esposa se acuesta a la hora en que la cortesana se levanta.

La cenotera piramidal, de siete a ocho pies de altura, y de hojas oblongas dentadas, de color verde obscuro, tiene otras costumbres y otro destino: su flor, amarilla, empieza a entreabrirse por la tarde en el espacio de tiempo que emplea Venus para ocultarse en el horizonte, y continúa abriéndose a la luz de las estrellas: la aurora la encuentra en toda su lozanía; a la mitad de la mañana se marchita, y cae al mediodía. Sólo vive algunas horas, pero ésas las pasa bajo un cielo sereno, entre los hábitos de Venus y de la aurora: ¿qué importa en ese caso la brevedad de la vida?

Un manso arroyuelo se engalanaba con dioneas, alrededor de las cuales zumbaban gran cantidad de efímeras. También había pájaros moscas y mariposas, que, con sus brillantes matices, competían en hermosura con la variedad de colores de la floresta. En medio de aquellos paseos y estudios, me venía al pensamiento la idea de su futilidad. ¡Cómo! ¿La revolución, que pesaba ya sobre mí y me arrojaba a los bosques, no me inspiraba ideas más graves, y precisamente en los momentos de trastorno de mi país era cuando me ocupaba en descripciones y plantas, en mariposas y flores? El individuo sirve para medir la pequeñez de los más grandes acontecimientos. ¡Cuántos hombres hay indiferentes a esos acontecimientos! La población general del globo está calculada en mil ciento a mil doscientos millones: por cada *segundo* muere una criatura; y, por consiguiente, en cada minuto de nuestra existencia, de nuestras sonrisas, de nuestras alegrías, expiran sesenta, y gimen y lloran sesenta familias. La vida es una peste permanente. Esta cadena de luto y de funerales que nos oprime, no se rompe, se prolonga, y cada uno de nosotros forma un eslabón de ella. ¡Enaltezcamos luego la importancia de esas catástrofes, de que no oírán hablar jamás las tres cuartas partes y media

del mundo! ¡Tratemos de alcanzar un renombre que no volará sino algunas leguas alrededor de nuestro sepulcro! ¡Sumerjámonos en el océano de una felicidad, de la que cada minuto se pasa entre sesenta ataúdes que se renuevan continuamente!

Nam nox nulla diem, neque noctem aurora sequuta est
Quæ non audierit mixtos vagitibus agris
Floratus, mortis comites et funeris atri.

«Ningún día ha seguido a una noche; ninguna noche ha sido seguida de la aurora, que no oyera llantos mezclados con dolorosos quejidos, compañeros de la muerte y de los lúgubres funerales.»

Londres, de abril a septiembre de 1832.

FUENTE DE JUVENCIO. — MUSCOGULGOS Y SIMINOLES. — NUESTRO CAMPO. — DOS FLORIDEÑAS. — RUINAS SOBRE EL OHIO.

Cuentan los salvajes de la Florida que en medio de un lago hay una isla habitada por las mujeres más hermosas del mundo. Los muscogulgos han intentado varias veces conquistarla; pero aquel Edén huye ante las canoas, imagen natural de esas quimeras que huyen ante nuestros deseos.

Ese país tenía también una fuente de *Juencio*; ¿quién desearía revivir?

Poco faltó para que esas fábulas adquiriesen a mis ojos una especie de realidad. Cuando menos lo esperábamos, vimos salir de una bahía una flotilla de canoas, que abordaron a nuestra isla. Conducían dos familias de *creeks*, una muscogulga y otra siminole, entre las cuales había *cherokis* y *mulatos*. Me extrañó sobre manera la elegancia de aquellos salvajes, que en nada se asemejaban a los del Canadá.

Los siminoles y los muscogulgos son de estatura más que regular, y, sin embargo, sus madres, sus esposas y sus hijas, son la raza más pequeña de mujeres que se conoce en América.

Las mujeres que desembarcaron donde estábamos nosotros, oriundas de sangre *cheroki* y castellana a la par, eran de elevada estatura. Dos de ellas se asemejaban a las criollas de Santo Domingo y de la isla de Francia; pero eran jóvenes y delicadas como las hijas del Ganges. Esas dos florideñas, primas por parte de padre, me sirvieron de modelos, una para *Atala* y otra para *Celuta*: sólo sobrepujaban a los retratos que he hecho de

ellas en esa verdad de naturaleza variable y fugitiva, en esa fisonomía de raza y de clima, imposible de reproducir. Había un algo indefinible en aquel semblante ovalado, en aquella tez sombreada, en aquellos cabellos tan negros y suaves, en aquellos ojos rasgados y medio ocultos bajo el velo de dos párpados de raso, que se entreabrían con lentitud, en la doble seducción, en fin, de la india y de la española.

La llegada de nuestros huéspedes cambió algún tanto nuestras costumbres; nuestros tratantes principiaron a buscar caballos, y resolvieron que iríamos a establecernos en las cercanías de los haras.

Las pasiones que agitaban a nuestros traficantes y a nuestros cazadores, no eran pasiones de clase, de educación, de preocupaciones, sino pasiones enteramente de la naturaleza; de esas que van directamente a su objeto, que sólo tienen por testigos un árbol desgajado en el fondo de una selva desconocida; un valle que no se vuelve a ver; un río sin nombre. Las relaciones de los españoles con mujeres creckes constituían el fondo de las aventuras: los *mulatos* hacían el principal papel en esas novelas. La historia de un comerciante en aguardiente, seducido y arruinado por una *joven pintada* (una cortesana), contada en versos simonoles, con el nombre de *Tabamica*, se cantaba al pasar los bosques (1). Los colonos, a su vez, arrebatában a las indias, que morían después abandonadas en Panzacola: sus desgracias iban a aumentar los *romanceros* y a ocupar un lugar al lado de las quejas de Jimena.

Como los cazadores se marchaban para sus ocupaciones durante el día, me quedaba con las mujeres y los hijos, y nunca me separaba de mis dos silvanas, de las cuales una era altiva y otra melancólica. No comprendía una palabra de lo que me hablaban, ni ellas tampoco me entendían a mí; pero yo iba a buscarles el agua para su copa, los sarmientos para su lumbré, los musgos para su cama. Iban vestidas con un zagalejo corto y las mangas anchas, cortadas a la española, y el corpiño y manto indios. Sus piernas desnudas estaban adornadas con álamo blanco; sujetaban sus cabellos con ramilletes o filamentos de juncos. Pendían de sus orejas simientes purpurinas. Tenían una linda cotorra que hablaba, el ave de Ar-

(1) La he insertado en mis Viajes.
(Nota de Ginebra, en 1832.)

mida, o bien sujeta en el hombro a manera de esmeralda, o bien en la mano, como las damas nobles del siglo X llevaban el gavilán. Para fortalecerse el seno y los brazos, se frotaban con el apoya o juncia de América. Las bayaderas de Bengala mascaban el betel, y en Levante, los almeos chupan la almáciga de Chio: las florideñas trituraban entre sus dientes lágrimas de *liquidámbar* y raíces de *libanis*, que reunían la fragancia de la angélica, del cedro y de la vainilla. Entreteníame a veces en colocar algún adorno sobre su cabeza, a lo que se prestaban con cierta timidez, pues, como magas, creían que yo les ponía algún filtro. Una de ellas, la *altiva*, rezaba frecuentemente, y me parecía medio cristiana: la otra cantaba con una voz melodiosa, lanzando, al fin de cada frase, un grito que trastornaba. A veces hablaban con vivacidad, y creía entrever en sus acentos un sentimiento de celos; pero la melancólica lloraba, y el silencio reinaba de nuevo.

Siendo yo débil, buscaba ejemplos de debilidad a fin de animarme. Camoens habla amado en las Indias a una esclava negra de Berbería; y, ¿por qué no podía yo ofrecer en América mis obsequios a dos jóvenes y juncuales sultanas? ¿No había dirigido Camoens endechas o estancias a *Bárbara Escrava*? No le había dicho:

Aquella captiva
Que me tem captivo,
Porque nella vivo,
Já nao quer que viva.
En nunqua vi rosa,
Em suaves molhos,
Que para meus olhos
Fosse mais formosa.
Pretidao de amor,
Tao doce a figura,
Que a neve lhe jura
Que trocára a cor.
Léda mansidao,
Que o siso acompanha:
Bem parece estranha,
Mas Barbara nao.

«Aquella cautiva que me ha cautivado, porque vivo en ella, no quiere que viva; jamás una rosa en suaves ramilletes me pareció más bella.

»Toda ella me inspira amor: su rostro es tan dulce, que la nieve trocára su color con él; su alegría está acompañada de reserva: bien podrá parecer extranjera, pero salvaje, no.»

Se dispuso una partida de pesca a tiempo que el sol se acercaba a su ocaso. El paisaje ofrecía a nuestra vista, en primer término, los sasafrás, los tulipares, los catalpas y las encinas, cuyo ramaje ostentaban madejas de musgo blando; en segundo término, se elevaba el más her-

moso de los árboles, el papayero, que cualquiera habría tomado por una aguja de plata cincelada, que sostenía una urna corintia, y en el tercero dominaban las balsaminas, las magnolias y los liquidámbaros.

El sol desapareció detrás de aquel cortinaje: un rayo de luz que atravesaba la cúpula de un oquedal brillaba como un carbunco engastado en el sombrío follaje; la luz, abriéndose paso por entre el tupido ramaje, proyectaba sobre el césped columnas que se agrandaban y arabescos que se movían. Abajo se veían tilas, azuleas, lianas anulares de tallos gigantes: en lo alto, nubes, fijas unas como promontorios o torres antiguas, tenues otras como vapores de rosa o copos de seda.

A consecuencia de la insurrección de la Morea, en 1770, se refugiaron en la Florida varias familias griegas, que pudieran creerse todavía en ese clima de la Jonia, que parece haberse enervado con las pasiones de los hombres. En Esmirna duerme por la noche la naturaleza, como una cortesana hastiada de amor.

A la derecha se veían unas ruinas pertenecientes a las grandes fortificaciones halladas sobre el Ohio: a la izquierda teníamos un antiguo campamento de salvajes. La isla en que estábamos, clavada en las olas, y reproducida por un espejismo, mecía delante de nosotros su doble perspectiva. En la parte de Oriente, la luna reposaba sobre colinas lejanas; en la de Occidente la bóveda del cielo aparecía fundida en un mar de diamantes y zafiros, en el que parecía diluirse el sol medio sumergido. Los animales estaban en vela; la tierra, prosternada, parecía incensar al cielo, y el ámbar que exhalaba de su seno volvía a caer sobre ella en rocío, como la oración sobre el que la dice.

Habiendo dejado a mis compañeros, quise descansar al lado de un grupo de árboles: su obscuridad, helada de luz, formaba la penumbra en donde yo estaba sentado. Mis ojos estaban fijos en el agua, y poco a poco se fué apoderando de mí esa somnolencia conocida de los hombres que recorren los caminos del mundo. No conservaba ningún recuerdo, y se me figuraba que vivía y vegetaba con la naturaleza en una especie de panteísmo. Me recosté contra el tronco de una magnolia, y me dormí: mi descanso se mecía sobre un fondo de vagas esperanzas.

Al despertar me encontré entre dos

mujeres: las odaliscas habían venido, y no quisieron despertarme. Se habían sentado en silencio a mis dos lados, y ora fuese que fingiesen dormir, ora que estuviesen realmente dormidas, sus cabezas descansaban sobre mis hombros.

La brisa atravesó el bosquecillo, y nos inundó con una lluvia de hojas de magnolia. Entonces la más joven de las simonolas se puso a cantar: ¡el que no esté seguro de su vida, guárdese de exponerla nunca así! Es imposible saber lo que es una pasión infiltrada con la melodía en el seno del hombre. A aquella voz respondió la voz ruda y celosa de un hombre: era un mulato que llamaba a las dos primas. Estremeciéronse éstas, y se levantaron; la aurora comenzaba a despuntar.

Exceptuando a Aspasia, volví a encontrar la misma escena en las riberas de Grecia: subido una aurora en las columnas del Partenón, vi el Citerón, el monte Himeto, la Acrópolis de Corinto, los sepulcros, las ruinas bañadas en un rocío de luz dorada, transparente y ligera que reflejaban los mares y difundían como un perfume los céfiros de Salamina y de Delos.

Terminamos nuestra navegación en la ribera sin hablar más palabra. Al mediodía se levantó el campo para examinar unos caballos que los creckes querían vender a los traficantes. Mujeres y niños, todos estaban convocados como testigos, según costumbre, en los mercados solemnes. Los caballos de todas clases, los potros y las yeguas, juntamente con los toros, vacas y terneros, empezaron a correr y a galopar alrededor nuestro. En aquella confusión me encontré separado de los creckes. Un grupo bastante numeroso de hombres y caballos se reunió en los límites del bosque. De pronto, veo de lejos a mis dos florideñas, a quienes unas manos vigorosas colocaban a la grupa en dos caballos que montaban en pelo un *mulato* y un *siminol*. ¡Oh, Cid! ¡Que no hubiese yo tenido en aquel instante tu ligero *Babiaca* para unirme a ellas! Las yeguas echan a andar, y les sigue todo aquel inmenso escuadrón. Mis florideñas desaparecen como la hija de Ceres arrebatada por el dios de los infiernos.

Véase cómo todo aborta en mi historia; tan sólo me quedan imágenes de lo que ha pasado tan pronto: yo bajaré a los Campos Elíseos con más sombras de las que ningún hombre ha podido llevar consigo. La culpa es de mi manera de ser, porque yo no sé aprovecharme de ningun-

na fortuna, ni puedo tener interés por nada de lo que interesa a los demás hombres. Exceptuando el punto de religión, no creo en nada. Ora fuese pastor o rey, ¿qué habría hecho de mi cetro o de mi cayado? Igualmente me habría cansado de la gloria y del genio, del trabajo y del ocio, de la prosperidad y del infortunio. Todo me fastidia: advierto con pena mi hastío con el transcurso de mis días, y no hago más que bostezar en la vida.

QUIÉNES ERAN LAS JÓVENES MUSCOGULGAS.
— PRISIÓN DEL REY EN VARENNES.—INTERRUMPO MI VIAJE PARA VOLVER A EUROPA.

Ronsard nos pinta a María Estuardo cuando ésta se disponía a marchar a Escocia, después de la muerte de Francisco II:

«Con semejante traje estabais engalanada y abandonabais el hermoso país, cuyo cetro habéis empuñado, cuando pensativa, y bañado vuestro seno en el hermoso cristal de las lágrimas que se desprendían de vuestros ojos, paseabais tristemente por las largas arboledas del gran jardín de aquel real sitio, que toma su nombre del manantial de una fuente.»

¿Me parecía yo a María Estuardo paseándose en Fontainebleau, cuando me paseaba en mi campo después de mi viudez? Lo único que puedo asegurar es que mi espíritu estaba envuelto en un *crepón largo, sutil y suelto*, como dice el mismo Ronsard, antiguo poeta de la nueva escuela.

El diablo me había arrebatado las jóvenes muscogulgas, pero supe por el guía que un *mulato*, que estaba enamorado de una de ellas, había concebido celos de mí, y resolvió con un siminol, hermano de la otra prima, robarme a *Atala* y *Celuta*. Los guías las llamaban sin escrúpulo *mujeres pintadas*, lo cual no dejaba de herir mi vanidad, y tanto más humillado me creía cuanto que el *mulato*, mi rival preferido, era un maruguino flaco, feo y negro, que presentaba todos los caracteres de esos insectos que, según los tratados del gran Lama, son unos animales que tienen la carne por dentro y los huesos por fuera. Después de aquel contratiempo, la soledad me pareció triste, y acogí mal a mi sílfide, que acudió generosamente a consolar a un infiel, como Julia cuando perdona a Saint-Preux sus florideñas de París. Abandoné apresuradamente aquel

desierto, en donde más adelante procuré reanimar a las que me acompañaron una noche en mi sueño. Ignoro si les he dado la vida que ellas me dieron; pero a lo menos, y como por expiación, he hecho de la una una virgen y de la otra una casta esposa.

Cruzamos nuevamente las Montañas Azules, y nos acercamos a los desmontes europeos, hacia Chillicothe. Yo no había adquirido la menor luz sobre el objeto principal de mi expedición, pero, en cambio, iba lleno de un mundo de poesía:

«Como una oveja joven, engreída en las rosas, así estaba mi musa cargada con su botín.»

Divisé a orillas de un arroyo una casa americana, casa de labor por una parte y molino por la otra; pedí comida y alojamiento, y fui bien recibido.

Mi patrona me llevó por una escalera a un cuarto, que estaba encima del eje de la máquina hidráulica. Una ventana pequeña, guarnecida de yedra y de coqueas de campanitas de iris, daba al arroyo que corría, estrecho y solitario, entre dos espesas filas de sauces. La rueda espumosa giraba bajo la sombra de los árboles, haciendo caer largas cintas de agua.

¿No habría estado allí dulcemente alojado con la *melancólica*, sentado a sus pies y con la cabeza recostada sobre sus rodillas, escuchando el rumor de la cascada, las vueltas de la rueda, el traqueteo del molino, el sonido del arnero, los acompasados golpes de la cítola y respirando la frescura del agua y el olor de las cebadas?

Al llegar la noche bajé al cuarto de la branza, que estaba iluminado solamente por pajas de maíz y cáscaras de judías, que hacían llama en el hogar. Las escopetas del amo, colgadas horizontalmente en el porta armas, brillaban al reflejo de la lumbre. Me senté en un escabel a un rincón de la chimenea, junto a una ardilla que saltaba alternativamente desde el lomo de un gran perro a la meseta de un torno. La mujer puso al fuego una enorme marmita, cuyo negro fondo abrazó al punto la llama como una corona de oro dentada. Mientras cuidaba de las patatas que habían de constituir mi comida, me entretuve en leer a la luz de la llama y bajando la cabeza, un periódico inglés, que había caído al suelo entre mis piernas, encontrando escrito en gruesos caracteres lo siguiente: *Flight of the King*

(Fuga del rey). Era el relato de la evasión de Luis XVI y de la prisión del infortunado monarca en Varennes. El periódico refería, además, los progresos de la emigración y la reunión de los oficiales del ejército bajo la bandera de los príncipes franceses.

Mi espíritu sufrió una repentina transformación. Reinaldo vió su debilidad en el espejo del honor en los jardines de Armida; y a mí, sin ser yo el héroe del Tasso, el mismo espejo me ofreció mi imagen en medio de un verjel americano. El ruido de las armas, el tumulto del mundo resonaron en mis oídos, bajo el techo de un molino oculto en bosques ignorados. Interrumpí de repente mi camino, y me dije: «Vuelve a Francia.»

Esto fué lo que creyendo un deber trastornó mis primeros designios, y acarrió la primera de esas peripecias con que ha sido marcado el curso de mi vida. Para nada necesitaban los Borbones que un segundón de Bretaña volviese de Ultramar para ofrecerles su obscura adhesión, así como tampoco tuvieron necesidad de sus servicios cuando salió aquél de su obscuridad. Si prosiguiendo mi viaje hubiese encendido mi pipa con el periódico que hizo cambiar mi vida, nadie hubiera echado de ver mi ausencia. Mi existencia era entonces tan ignorada y pesaba tan poco como el humo de mi pipa. Una simple disputa entre mi conciencia y yo me lanzó al teatro del mundo. Habría podido callar todo lo que hubiese querido, puesto que yo fui el único testigo del debate; pero, precisamente de todos los testigos, era el único ante el cual no quisiera tener que avergonzarme.

Quince años más tarde, después de mi viaje a Levante, la república, convertida en ruinas y anegada en lágrimas, se había echado, como un torrente del diluvio, en los brazos del despotismo. Yo no me alimentaba de quimeras: mis recuerdos, nacidos en la sociedad y las pasiones, habían perdido su candor. Defraudado en mis dos peregrinaciones a Occidente y a Oriente, yo no había descubierto el paso al polo, no había robado la gloria a las orillas del Niágara, donde había ido a buscarla, y la había dejado sentada en las ruinas de Atenas.

Salí para viajar por América, regresé para ser soldado en Europa, y no llegué al término de ninguna de las dos carreras: un mal genio me arrancó el bastón y la espada, y me puso la pluma en la mano. Hace quince años, estando en Es-

parta, y contemplando el cielo durante la noche, me acordaba de los países que habían visto mi sueño pacífico o turbulento: entre los bosques de Alemania, en los matorrales de Inglaterra, en los campos de Italia, en medio del mar, en las selvas del Canadá, había yo saludado las mismas estrellas que veía brillar sobre la patria de Elena y de Menelao. Pero, ¿de qué me servía quejarme a los astros, inmóviles testigos de mi destino vagabundo? Algún día su mirada se cansará de perseguirme: ahora, indiferente a mi suerte, no les pediré que me vuelvan lo que el viajero deja de su vida en los lugares por donde pasa.

Si ahora volviese a los Estados Unidos, no los reconocería: donde dejé flores, encontraría campos cultivados; donde tuve que abrirme un sendero, viajaría por caminos reales; en los Natchez, en lugar de la choza de Celuta, se alza una ciudad de cinco mil habitantes; Chactas podría ser hoy diputado en el congreso. Hace poco he recibido un folleto impreso en los *Cherokis*, que me ha sido dirigido en interés de estos salvajes como *al defensor de la libertad de imprenta*.

Entre los muscogulgos, los siminofes, los chickasas, hay una ciudad de Atenas, otra de Maratón, otra de Cartago, otra de Menfis, otra de Esparta, otra de Florencia; hay también un condado de la Colombia, y un condado de Marengo; la gloria de todos los países ha colocado un nombre en estos pueblos, donde yo he hallado al P. Aubry y la obscura Atala. El Kentucky muestra un Versalles; el territorio llamado Borbón tiene por capital un París. Todos los desterrados, y todos los oprimidos que se marcharon a América, han llevado allí un recuerdo de su patria.

... Falsi Simoentis ad undam
Libabat cineri Andromache.

El suelo de los Estados Unidos ofrece, bajo la protección de la libertad, una imagen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la antigüedad y de la moderna Europa; Adriano había hecho repetir los monumentos de su imperio en su jardín de la campaña de Roma.

Treinta y tres grandes caminos parten de Washington, como en otras épocas partían las vías romanas del Capitolio, y llegan, ramificándose, a la circunferencia de los Estados Unidos, trazando un círculo de veinticinco mil setecientos cuarenta

y siete millas. Hay servicio de postas en muchos de estos caminos. Se toma la diligencia para el Ohio o el Niágara, como se tomaba en mi tiempo un guía o un intérprete indio.

Su población se ha aumentado de diez en diez años, desde 1790 a 1820, en la proporción de treinta y cinco individuos por ciento. Se calcula que en 1830 será de doce millones ochocientos setenta y cinco mil almas. Si continuase aumentando en esta proporción, sería en 1855 de veinticinco millones setecientos cincuenta mil almas, y en 1880 pasaría de cincuenta millones.

Los lagos del Canadá, antes sin velas, se parecen hoy a diques, donde se cruzan las fragatas, corbetas, y navíos con las piraguas y canoas indias.

El Mississipi, el Missouri, el Ohio, no corren ya por la soledad; más de trescientos barcos de vapor los remontan, vivificando sus orillas.

Esta inmensa navegación interior, que bastaría por sí sola para la prosperidad de los Estados Unidos, no disminuye sus expediciones lejanas. Sus buques cruzan todos los mares; se entregan a toda especie de empresas; pasean el pabellón estrellado a lo largo de estas playas de la aurora, que sólo conocieron la esclavitud.

Para completar este cuadro sorprendente, es necesario representarse ciudades como Boston, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Charlestown, Savannah, la Nueva Orleans, alumbradas por la noche, llenas de carruajes, con cafés, museos, bibliotecas, salones de baile, teatros, ofreciendo todos los placeres del lujo.

Sin embargo, no se ha de buscar en los Estados Unidos lo que distingue al hombre de los otros seres de la creación, lo que es su certificado de inmortalidad y el ornamento de su vida; la literatura es desconocida en la nueva república. El americano ha reemplazado las operaciones intelectuales con las operaciones positivas; no imputéis a inferioridad su mediocridad en las artes, porque no dirigió su atención hacia este lado. Arrojado por diferentes causas a un suelo desierto, la agricultura y el comercio fueron el objeto de sus cuidados; antes de pensar, se necesita vivir; antes de plantar árboles, es menester cortarlos, a fin de labrar. Los colonos primitivos, lleno el espíritu de controversias religiosas, solían llevar la pasión de la disputa hasta el seno de las florestas; pero era preciso que marcharan al principio a la conquista del de-

sierto con el hacha a la espalda, teniendo como pupitre en el intervalo de sus labores, el olmo que acababan de labrar. Los americanos no han recorrido los grados de la edad de los pueblos; han dejado en Europa su infancia y su juventud. El sencillo lenguaje de la cuna les era desconocido; no han gozado de las dulzuras del hogar doméstico sino al través del sentimiento de una patria que jamás habían visto, y de la que lloraban su eterna ausencia y el encanto que se les había referido.

No existe en el nuevo continente ni literatura clásica, ni romántica ni india; clásica, porque los americanos carecen de modelos; romántica, porque no tienen Edad Media; india, porque desprecian a los salvajes, y tienen horror a los bosques como a una prisión que les era destinada. Así, pues, la que existe en América es la literatura aplicada, sirviendo a diversos usos de la sociedad, es la literatura de los obreros, de los negociantes, de los marinos y labradores. Ellos están adelantados en la mecánica y las ciencias, porque las ciencias tienen un lado material; Franklin y Fulton se han apoderado del rayo y del vapor en provecho de los hombres. A los americanos correspondía dotar al mundo de un invento que hiciera fácil descubrir al que lo emprendiera todos los continentes.

La poesía y la imaginación, patrimonio de un reducido número de desocupados, son consideradas en los Estados Unidos como puerilidades de la primera y última edad de la vida; los americanos no han tenido infancia; no tienen todavía ancianidad.

De aquí resulta que los hombres, dedicados a estudios serios, han debido pertenecer forzosamente a los negocios de su país para conocerlos, y han debido ser actores de su revolución. Los antiguos presidentes de la república tenían un carácter religioso, simple, tranquilo, elevado, del que no se ven muestras en nuestras sangrientas escenas de la república y del imperio. La soledad de que los americanos se hallaban rodeados ha influido sobre su naturaleza; cumplieron en silencio su emancipación.

El discurso de despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos podría haber sido pronunciado por los personajes más graves de la antigüedad.

«Los actos públicos, dice, demuestran hasta qué punto me han guiado los principios que he recordado en el cumpli-

miento de los deberes de mi cargo. Mi conciencia me dice, al menos, que los he seguido. Aunque repasando los actos de mi administración no tengo conocimiento de ninguna falta intencionada; tengo un sentimiento demasiado profundo de mis defectos para no conocer que probablemente habré cometido muchos errores. Cualesquiera que sean, yo suplico al Todopoderoso que repare los males que puedan acarrear.

«Yo también llevaré conmigo la esperanza de que mi país no dejará de considerarlas con indulgencia, y que después de cuarenta y cinco años de mi vida, dedicados al servicio de mi patria con rectitud y celo, las faltas de un mérito insuficiente caerán en el olvido, como caeré yo mismo muy pronto en la mansión del reposo.»

Jefferson, en su habitación de Monticello, escribió después de la muerte de uno de sus dos hijos:

«La pérdida que acabo de sufrir es verdaderamente grande. Otros pueden perder lo que tienen en abundancia; pero yo, de lo estrictamente necesario, tengo que llorar la mitad. La declinación de mis días pende sólo del débil hilo de una vida humana. ¡Tal vez estoy destinado a ver romper este último lazo del afecto de un padre!»

La filosofía, rara vez tierna, lo es aquí en grado sumo. Y no es el dolor ocioso de un hombre que no se ha mezclado en nada; Jefferson murió el 4 de julio de 1826, a la edad de ochenta y cuatro años, y a los cincuenta y cuatro de la independencia de su país. Sus restos descansan bajo una losa, donde se lee este epitafio: «Tomás Jefferson, autor de la declaración de independencia.»

Pericles y Demóstenes pronunciaron la oración fúnebre de los jóvenes griegos muertos por un pueblo que desapareció detrás de ellos; Brackenrige, en 1817, celebró la muerte de los jóvenes americanos, de cuya sangre había nacido un pueblo.

Existe una galería nacional de los retratos de los americanos ilustres, en cuatro volúmenes en octavo, y lo más singular es una biografía de la vida de cien jefes principales de los indios. Logan, jefe de la Virginia, pronunció ante lord Dunmore estas palabras: «En la última primavera, sin ninguna provocación, el coronel Crasp degolló a todos mis parientes; ya no corre una sola gota de mi sangre por las venas de ninguna criatura vi-

va. Esto es lo que me ha excitado a tomar venganza. La he buscado, he muerto mucha gente. ¿Hay ahora quién venga a llorar la muerte de Logan? Nadie.»

Los americanos se han aplicado al estudio de la historia natural. Townsend, saliendo de Filadelfia, ha recorrido a pie las regiones que separan el Atlántico del Océano Pacífico, anotando en su diario numerosas observaciones. Tomás Suy, viajero de las Floridas y las Montañas de Roca, ha publicado una obra sobre la etimología americana. Wilson, tejedor convertido en autor, tiene descripciones bastante finas.

En cuanto a la literatura, propiamente dicha, aunque sea poca cosa, hay algunos escritores que citar entre los poetas y romanceros. Brown, hijo de un cuáquero, es el autor de *Wieland*, y *Wieland* es el modelo y la fuente de los romances de la nueva escuela. En oposición a sus compatriotas, «prefiero, decía Brown, errar en los bosques que segar trigo.» *Wieland*, el héroe del romance, es un puritano a quien el Cielo ha ordenado matar a su mujer:—«Te he traído aquí, le dice, para cumplir las órdenes de Dios; debes morir por mi mano.—La cogí por los brazos. Ella dió muchos gritos desgarradores y quiso soltarse:—*Wieland*, ¿no soy yo tu mujer? ¿Y tú quieres matarme, matarme a mí? ¡Oh! ¡no! ¡gracia! ¡perdón!»

Wieland estrangula a su mujer, y experimenta una delicia inexplicable junto al cadáver. Aquí está sobrepujado el horror de nuestras invenciones modernas. Brown se había formado, con las lecturas de Caleb Williams, e imitaba en *Wieland* una escena del *Otelo*.

Los novelistas americanos, Cooper, Washington Irving, se ven obligados a refugiarse en Europa para encontrar crónicas y un público.

En cuanto a los poetas, su lenguaje es agradable; pero se elevan poco sobre el orden común. No obstante, la *Oda a la brisa de la tarde*, el *Nacimiento del sol en la montaña*, el *Torrente*, y algunas otras poesías, son dignas de ser leídas. Halleck ha cantado a Botzaris expirante, y Jorge Hill ha errado entre las ruinas de Grecia: «¡Oh Atenas! — dice—: ¿eres tú, reina solitaria, reina destronada!... ¡Partenón, rey de los templos; tú viste los monumentos, contemporáneos tuyos, dejar al tiempo robar sus sacerdotes y sus dioses!»

Viajero de las costas de la Hélade y la

Atlántida, me gusta oír la voz de una tierra desconocida a la antigüedad, gemir sobre la libertad perdida del viejo mundo.

PELIGROS PARA LOS ESTADOS UNIDOS. —
VUELTA A EUROPA. — NAUFRAGIO

¿Conservará América su forma de gobierno? ¿No se dividirán los Estados? ¿No ha sostenido ya un diputado de la Virginia la tesis de la antigua libertad con esclavos, contra un diputado de Massachusetts, defendiendo la libertad moderna sin ellos, como la ha formado el cristianismo?

¿Los Estados del Norte y del Mediodía, no tienen espíritu e intereses opuestos? ¿Los del Oeste, demasiado distantes del Atlántico, no querrán tener un régimen aparte? Además, ¿el lazo federal es bastante fuerte que pueda mantener la unión y obligar a cada Estado a que lo estreche? Y, por otra parte, si se aumenta el poder de la presidencia, ¿no vendrá el despotismo con sus guardias y su dictadura?

Separada del antiguo mundo, la población de los Estados Unidos habita aún la soledad, debe la libertad a sus desiertos, pero ya se alteran las condiciones de su existencia.

Las democracias de Méjico, de Chile, de Buenos Aires, revueltas como están, son un peligro. Cuando los Estados Unidos no tenían cerca las colonias de un reino transatlántico, la guerra no era posible. Ahora, ¿no son de temer rivalidades? Que de una y otra parte se apele a las armas; que el espíritu militar se apodere de los hijos de Washington y un gran capitán puede subir al trono: la gloria ama a las coronas.

Dije que los Estados del Norte, del Mediodía y del Oeste, estaban divididos por intereses; rompiendo estos Estados la unión, ¿se los reduciría por las armas? Y entonces, ¡qué germen de enemistades derramado en el cuerpo social! ¡Qué discordias no estallarían entre estos Estados emancipados! Estas repúblicas de ultramar, desligadas unas de otras, no formarían más que unidades débiles, de ningún peso en la balanza social, o serían sucesivamente subyugadas por alguna de ellas. El Kentucky, pueblo de una raza de hombres más rústica, más atrevida y más militar, sería llamado para ser el conquistador.

He hablado del peligro de la guerra;

debo recordar también los inconvenientes de una larga paz. Los Estados Unidos, desde su emancipación, han disfrutado, salvo algunos meses, de la tranquilidad más absoluta: mientras que cien batallas trastornan a Europa, ellos cultivan los campos en seguridad. De ahí un exceso de población y de riquezas, con todos los inconvenientes que esto acarrea.

Si sobreviniesen hostilidades en un pueblo antibelicoso, ¿sabrían resistir? ¿Cómo renunciar a las comodidades, al bienestar indolente de la vida? La China y la India, dormidas en su muselina, han sufrido constantemente la dominación extranjera. Lo más conveniente a toda sociedad libre, es un estado de paz moderado por la guerra, y un estado de guerra templado por la paz. Los americanos han llevado demasiado tiempo la rama de olivo; el árbol que la da no es natural de sus playas.

El espíritu mercantil comienza a invadirlos; el interés se hace entre ellos el vicio nacional. El juego de los diferentes Bancos se embaraza, amenazando con una bancarrota la fortuna común. Mientras la libertad produce oro, una república industrial hace prodigios; pero cuando el oro está adquirido o agotado, pierde el amor a su independencia, no fundado en un sentimiento moral, sino en la sed de la ganancia y la pasión de la industria.

Además, es imposible crear una patria entre Estados que no tienen ninguna comunidad de religión y de intereses, que, siendo de distinto origen, viven ahora en un suelo diferente y bajo distinto clima. ¿Qué relación puede haber entre un francés de la Luisiana, un español de las Floridas, un alemán de Nueva York, un inglés de la Nueva Inglaterra, de la Virginia, de la Carolina, de la Georgia, todos reputados americanos? El uno ligero y duelista; otro católico, perezoso y soberbio; éste luterano, labrador y sin esclavos; ése anglicano y labrador con negros; aquél puritano y negociante; ¿cuántos siglos se necesitarían para dar homogeneidad a estos elementos?

Una aristocracia bursátil está dispuesta a nacer con el amor de las distinciones y la pasión de los títulos. Se cree que reina un nivel general en los Estados Unidos; y es un grave error. Hay sociedades que se desdeñan y no se ven entre sí; salones donde la gravedad enfática sobrepaja a la de un príncipe alemán de diez y seis cuarteles. Algunos de estos no-

bles plebeyos no hablan más que de sus abuelos, orgullosos varones, aparentemente bastardos, y compañeros de Guillermo el Bastardo.

La desigualdad de fortunas amenaza aún más seriamente de muerte el espíritu de igualdad. Tal americano posee uno o dos millones de renta; los yanquis de la sociedad no pueden vivir como Franklin: el verdadero caballero, disgustado de su nuevo país, viene a Europa en busca del viejo: se le encuentra en las hosterías, dando, como los ingleses, con la extravagancia o el spleen, vueltas por Italia. Estos vagabundos de la Carolina o de la Virginia compran ruinas de abadías en Francia, y plantan en Melún jardines ingleses con árboles americanos. Nápoles envía a Nueva York sus cantantes y sus perfumistas; sus modas y farsantes, París; Londres sus lacayos y sus pugilistas; placeres exóticos, que no hacen más alegre la Unión. Se divierten arrojándose a la catarata del Niágara, en medio de los aplausos de cincuenta mil plantadores semisalvajes, a quienes la muerte apenas hace reír.

Pero lo más extraordinario es que, al mismo tiempo que se desborda la desigualdad de las fortunas y comienza una aristocracia, el impulso igualitario obliga a los poseedores industriales y territoriales a ocultar su lujo, a disimular sus riquezas, por temor de ser asesinados por sus vecinos. El espíritu de familia apenas existe; en seguida que el niño está en condiciones de trabajar, necesita, como el pájaro, volar con sus propias alas. Con estas generaciones emancipadas en una estafand precoz, y con las emigraciones que llegan de la Europa, se forman compañías nómadas, que descujan los terrenos, abren canales, y llevan su industria por todas partes, sin adherirse al suelo; construyen casas en el desierto, en las cuales el propietario vivirá algunos días.

Un egoísmo duro y frío reina en las ciudades; pesos, billetes de Banco, plata, alza y baja de los fondos: ése es el tema de las conversaciones; parece que se está en la Bolsa o en el escritorio de una casa de banca. Los diarios, de una dimensión inmensa, están llenos de exposiciones sobre negocios, o de cuentos groseros. ¿Sufrirán los americanos la ley de un clima donde la naturaleza vegetal parece haberse aprovechado a costa de la naturaleza viva, ley combatida por inteligencias distinguidas, pero que no ha sido refuta-

da aún? Podría discutirse si el americano no se ha ejercitado demasiado pronto en la libertad filosófica, como el ruso en el despotismo civilizado.

Los Estados Unidos dan la idea de una colonia, y no de una patria; carecen de pasado y sus costumbres son hechas por las leyes. Estos ciudadanos del Nuevo Mundo han tomado rango entre las naciones en la época en que las ideas políticas entraban en una fase ascendente: esto explica por qué se transforman con tan extraordinaria rapidez. La sociedad permanente parece impracticable entre ellos; por un lado, por el extremo fastidio de los individuos; por otro, por la imposibilidad de fijarse, y por la necesidad de movimientos que los domina; en ninguna parte se está bien cuando los penates son errantes. Colocada en el camino de los océanos, a la cabeza de las opiniones progresivas, tan modernas como ella, América parece haber recibido de Colón más bien la misión de descubrir otros mundos, que de crearlos.

A mi regreso del desierto a Filadelfia, como ya he dicho, y habiendo escrito en el camino lo que acabo de referir, como el viejo La-Fontaine, al no encontrar las letras de cambio que esperaba, dió principio la escasez pecuniaria que me ha rodeado el resto de mi vida. La fortuna y yo nos hemos tenido antipatía desde que nos hemos visto. Cuenta Herodoto que ciertas hormigas de la India reúnen montones de oro; según Ateneo, el sol había dado a Hércules un bajel de oro para que abordara a la isla de Eritia, retiro de las Hespérides; aunque hormiga, no he tenido el honor de pertenecer a la gran familia india; y navegante, sólo he atravesado el agua sobre un buque de madera. Un bastimento de esta especie me trajo de América a Europa. El capitán me ajustó el pasaje a crédito. El día 10 de diciembre de 1791 me embarqué con muchos compatriotas que, como yo, regresaban a Francia. El buque se dirigía al Havre.

Un golpe de viento nos llevó en diez y siete días a la otra orilla del Atlántico. El sol no se vió ni una sola vez. Atravesé el Océano en medio de las sombras; nunca me pareció tan triste. Yo también lo estaba, al ser engañado en el primer paso de mi vida. «No se edifican palacios en el mar, dice el poeta persa Ferid-Edin.» Mi corazón se oprimía como si presagiara un infortunio. Paseando mis mi-

radas por las olas, les preguntaba mi destino, o escribía más incómodo por su movimiento, que preocupado por sus amenazas.

Lejos de calmar, la tempestad arreciaba conforme nos acercábamos a Europa, pero con soplo igual; resultando de la uniformidad de su cólera una especie de bonanza furiosa en el cielo obscuro y el mar aplomado. El capitán, inquieto por no poder tomar la altura, subía a las cuerdas, y miraba el horizonte con su anteojo. Un vigía estaba colocado en el bauprés, y otro en el palo mayor. El agua cambiaba de color; signo de que nos acercábamos a la costa; pero, ¿cuál? los marinos bretones tienen este proverbio: «El que ve a Bella Isla, ve su isla; el que ve a Groie, ve su alegría; el que ve a Ouesant, ve su sangre.»

Dos noches pasé andando sobre cubierta; al principio de la tercera, cansado por el choque y los vaivenes, me fui a acostar. El tiempo era horrible: bien pronto oí desde mi vacilante hamaca correr por el puente, de un sitio al otro, y caer paquetes de cuerdas. La cubierta de la escala del entrepuente se abre y una voz asustada llama al capitán. Escucho, y me parece oír a los marineros discutir sobre la situación de la costa. Salto de mi hamaca; una ola envuelve el castillo de popa, inunda la cámara del capitán, haciendo rodar, mezclados, cofres, mesas, camas, muebles y armas; yo gano la cubierta medio ahogado.

Al asomar la cabeza por el entrepuente, me vi sorprendido por un espectáculo sublime. El buque había intentado virar de bordo; pero, no pudiendo conseguirlo, había varado. A la claridad de la luna, que rasgaba las nubes para volver a ocultarse en ellas, se descubrían en los costados del barco, a través de una bruma amarilla, costas erizadas de rocas. Por espacio de dos o tres minutos se confundía el ruido del abismo con el del viento; un instante después se oyó el silbido del agua en las rocas, la voz de la ola lejana; de la concavidad del buque, salía un rumor que hacía palpar el corazón de los más valientes marinos. La espesa mole de las olas azotaba la proa del navío con un roce horroroso, y por el timón corrían torrentes de agua como si fueran por una esclusa. En medio de este trastorno, se oía un murmullo sordo, parecido al de un vaso que se llena.

Alumbrados por un farol y guarecidos bajo plomos, teníamos desplegados car-

tas, mapas, derroteros y diarios de viajes. Una ráfaga de viento había apagado el fanal de la brújula. Todos hablaban con diversidad de la tierra. Habíamos entrado en el canal de la Mancha sin advertirlo; el buque se deslizaba entre la isla de Guernesey y la de Aurigny. Como el naufragio parecía inevitable, los pasajeros abrazaron lo más precioso, a fin de salvarlo.

Entre la tripulación había algunos marineros franceses; uno de entre ellos, a falta de capellán, entonó este cántico a *Notre-Dame de Bon-Secours*, primera enseñanza de mi infancia. Los marineros americanos protestantes se unían de corazón a los cánticos de sus camaradas franceses católicos: el peligro enseña a los hombres su debilidad, y les hace unir sus oraciones. Pasajeros y tripulación estaban sobre el puente, unos ocupados en las maniobras, otros en el abordaje, quién en el cabrestante, quién con las áncoras, para no ser envuelto por las olas. El capitán gritaba: «¡Un hacha para cortar los mástiles!» El timón, abandonado, daba vueltas con un ruido ronco.

Restábanos una sola tentativa; como la sonda no marcaba más que cuatro brazas sobre un banco de arena que atravesaba el canal, era probable que la ola nos hiciese franquear el banco y nos llevase a un agua profunda; pero, ¿quién se atrevería a tomar el timón y encargarse de la salvación de todos? Con un golpe falso de barra estábamos perdidos.

Uno de estos hombres que nacen con los sucesos y que son los hijos espontáneos del peligro: un marino norteamericano se apoderó de la plaza desierta del piloto. Aun me parece verle, teniendo el timón con sus poderosas manos, mientras que con la cabeza vuelta espera la ola que debía salvarnos o perdernos. Una ola llega, que coge toda la anchura del canal, y se eleva sin estrellarse, como un mar que invade otro mar. Reinó un instante de profundo silencio; todos los semblantes palidieron. La ola llega; en el momento de atacarnos, el marinero da el golpe de barra; el barco, después de caer sobre el costado, presenta la popa, y la ola que debiera sumergirnos, nos levanta. Se echa la sonda, y mide veintisiete brazas de agua. Un grito llega hasta él mezclado con el de ¡viva el rey! No fué oído de Dios para Luis XVI; sólo nos sirvió a nosotros.

Separados de dos islas, no nos vimos fuera de peligro, no podíamos elevarnos

sobre la costa de Granville. Por último, la marea baja nos arrastró, y doblamos el cabo de la Hougue. Ni sufrí alteración en este seminaufragio, ni alegría al verme salvo. Es preferible dejar la vida siendo joven que ser echado de ella por viejo. Al día siguiente entramos en el Havre. Toda la población acudió a vernos. Nuestros mástiles de gavia estaban rotos, las chalupas perdidas, el castillo de popa arrasado, y el buque hacía agua a cada cabezada. El 2 de enero de 1792 pisaba de nuevo mi país natal, que aun debía huir bajo mis pasos. Llevaba conmigo, no dos esquimales de las regiones polares, sino dos salvajes de una especie desconocida: Chaetas y Atala.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

VOY A BUSCAR A MI MADRE A SAINT-MALO. — PROGRESO DE LA REVOLUCIÓN. — MI CASAMIENTO. — PARÍS. — ANTIGUOS Y NUEVOS CONOCIMIENTOS.—EL ABATE BARTELEMY. — SAINT-ANGE. — TEATRO. — CAMBIO DE FISONOMÍA DE PARÍS. — CLUB DE LOS FRANCISCANOS. — MARAT.—OJEADA RETROSPECTIVA.—ASAMBLEA LEGISLATIVA.— CLUBS.

Escribí a mi hermano a París el detalle de mi travesía, explicándole el motivo de mi regreso y rogándole que me prestara la suma necesaria para pagar mi pasaje. Mi hermano me contestó que enviaba mi carta a mi madre. La señora de Chateaubriand no me hizo esperar; me puse en estado de poder pagar y dejar el Havre. En su carta me decía que tenía consigo a Lucila, con mi tío de Bedée y mi familia. Estas noticias me decidieron a dirigirme a Saint-Malo, donde podría consultar a mi tío el proyecto de mi próxima emigración.

Las revoluciones, como los ríos, engruesan en su curso: yo encontré la que había dejado en Francia, enormemente crecida y desbordada; la dejé con Mirabeau bajo la *Constituyente*, y la hallaba con Dantón bajo la *Legislativa*. Acababa de conocerse en París el tratado de Pilnitz de 27 de agosto de 1791. El 14 de diciembre del mismo año, cuando yo me hallaba en medio de las tempestades, el monarca anunció que había escrito a los príncipes del cuerpo Germánico (particularmente al elector de Tréveris) sobre los armamentos de Alemania. Tanto los hermanos de Luis XVI, como el prin-

cipe de Condé, el señor de Calonne, el vizconde de Mirabeau y el señor de Laqueille, fueron en seguida acusados.

Al dirigirme del Havre a Saint-Malo, tuve lugar de observar las divisiones y las desgracias de Francia; los palacios, quemados o abandonados; los propietarios habían huido; las mujeres vivían refugiadas en las ciudades. Los pueblecitos y las aldeas gemían bajo la tiranía de los clubs afiliados al club central de los Franciscanos, que se reunió después con los Jacobinos. Su antagonista, la *sociedad monárquica*, ya no existía; la innoble denominación de *descamisado* se había hecho popular; se llamaba al rey *Monsieur Veto*, o *Monsieur Capeto*.

Fuí recibido tiernamente por mi madre y mi familia, que deploraban, sin embargo, lo inoportuno de mi regreso. Mi tío, el conde de Bedée, se disponía a pasar a Jersey con su mujer y sus hijos. Se trataba de encontrar dinero para reunirme a los príncipes. Mi viaje a América había abierto una brecha en mi fortuna; la supresión de los derechos reales había arruinado mis propiedades; los beneficios simples que debía recibir en virtud de mi afiliación en la orden de Malta habían caído con los demás bienes del clero en manos de la nación. Todas estas circunstancias contribuyeron a decidir a mi familia al acto más grave de mi vida; me casaron a fin de procurarme medios para hacerme matar, defendiendo una causa que no amaba.

Vivía retirado en Saint-Malo el señor de Lavigne, caballero de San Luis, antiguo comandante de Lorient.

El señor de Lavigne había tenido dos hijos; uno de ellos se casó con la señorita de la Placeliere. Este matrimonio murió dejando dos hijas de corta edad. La mayor se casó con el conde de Plessix-Pariseau, capitán de navío, hijo y nieto de almirantes, actualmente contraalmirante, cordón encarnado y comandante de los alumnos de marina en Brest; la segunda, vivía con su abuelo y tenía diez y siete años, cuando a mi regreso de América llegué a Saint-Malo. Era blanca, delicada, pequeña y muy bonita; llevaba sus hermosos cabellos, naturalmente rizados y sueltos como un niño. Se calculaba su fortuna en quinientos a seiscientos mil francos.

Mis hermanas se propusieron casarme con esta señorita, muy amiga de Lucila. El negocio se trató a mi pesar. Apenas había visto tres o cuatro veces a esta se-